

Villa de Santa Brígida

Por D. Pedro Socorro Santana, cronista oficial de la Villa de Santa Brígida

Basta alejarse del mar, apenas 14 kilómetros, para encontrarte con una villa que conserva la finura rural de Gran Canaria. Santa Brígida, el tercer municipio más pequeño, cuenta con un territorio de 23,8 kilómetros cuadrados, pero en su exiguo perímetro alberga gran variedad de microclimas y paisajes mágicos y espectaculares como el **Monumento Natural de Bandama**, una caldera volcánica con una profundidad de 200 metros y un diámetro de un kilómetro, que ofrece magníficas vistas de las zonas Centro, Norte y Este de la isla.

La mayor parte del territorio municipal se encuentra en la Cuenca del Guiniguada, que constituye una de las redes de barrancos más importantes de la Isla, formada por la acción de las lluvias durante millones de años. Por eso, las formas de relieve más frecuentes de Santa Brígida son los barrancos, laderas, lomos y riscos; es decir, un relieve bastante accidentado como resultado de diferentes procesos de la actividad erosiva de Gran Canaria. De ese comienzo de fuego y lava quedaron grandes extensiones de tierras que durante siglos produjeron excelentes vinos de malvasía y los denominados vinos de El Monte. Hoy son menos las viñas, pero la tradición vitivinícola continúa con una producción artesanal de un buen número de caldos jóvenes, tintos, blancos, afrutados, que conforman la Denominación de Origen de Gran Canaria y la apertura de la **Casa del Vino**, un caserón canario restaurado, que además de contar con un restaurante donde reponer fuerza y espíritu, pudiendo comer unas papas arrugadas, una ropa vieja y una dosis generosa del reputado vino de la tierra, dispone de un museo pequeño, pero lleno de curiosidades, que muestra la importancia histórica de este cultivo en la isla y los esfuerzos que se están realizando para recuperar los caldos.

No es, sin embargo, la única industria local que pervive en esta Villa centenaria. En **La Atalaya**, un antiguo poblado de casas cuevas, abiertas en las entrañas de la tierra, subsiste una gran tradición alfarera, herencia de los antiguos canarios que consumía la leña del bosque inmediato para hornear la vajilla de barro que se usaba en la mayor parte de los hogares de la isla. Allí es posible callejear por sus serpenteantes caminos o visitar el **Ecomuseo Cá Panchito**, un conocido locero del lugar, ya fallecido, que dejó su huella a través de una importante colección de piezas de artesanía.

Santa Brígida es un pueblo cargado de pagos con topónimos que recuerdan la existencia de una exuberante y compleja vegetación: Lentiscal, Madroñal, Palmeral, Gamonal, Los Olivos, Los Laureles, Pino Santo... Incluso, su denominación prehispánica (Tasaute) significaba “pequeño barranco de palmeras”, porque aquí las palmeras cubrían gran parte de su territorio.

Tan próxima a la ciudad y tan dormitorio de los ciudadanos de ella, Santa Brígida ya no es aquel sencillo pueblo agrícola que surgió en medio del bosque en los albores del siglo XVI cuando una nieta de uno de los conquistadores, Isabel Guerra, hizo levantar sobre un espolón rocoso una pequeña ermita que puso bajo la advocación de una santa de lejana procedencia, dando así inicio a lo que hoy conocemos como la Villa de Santa Brígida.

La villa se enorgullece de escribir con letras de oro una de las más hermosas páginas de la historia de Canarias al haber sido capital y cuartel general de la isla durante una semana de verano de 1599, el tiempo que tardó en expulsar y derrotar a la escuadra más poderosa que jamás haya surcado las aguas del archipiélago: la armada holandesa que capitaneaba el almirante frisón Pieter Van Der Does. De aquel acontecimiento procede el lema del escudo heráldico: *Por España y por la Fe, vencimos al holandés.*

Actualmente, Santa Brígida es una mezcla de pasado agrícola y presente residencial, debido en parte a su cercanía con la capital de la Isla. Y esa condición de frontera natural salta a la vista con numerosas urbanizaciones que han degradado muchos espacios naturales y el antiguo bosque termófilo. El **Palmeral de Satautejo**, cerca del casco urbano, sirve de telón de fondo a un pequeño caserío marcado por casitas de encanto tradicional por las que parece no haber pasado el transcurrir del tiempo. Para ello hay que callejear por los pequeños pasajes que desembocan en la **Iglesia Parroquial**, un edificio desdichado y nunca terminado, ya que en el lugar que hoy ocupa este templo de características neogóticas (el tercero de su historia) se erigía la antigua iglesia que fue pasto de las llamas el 21 de octubre de 1897. Tan sólo quedó en pie la bella e inconfundible torre campanario, hecha con piedras del lugar, y única superviviente de aquella noche en llamas.



Panorámica del casco antiguo con la iglesia de Santa Brígida (foto: Pedro Socorro).

Una vuelta de 360 grados desde el centro de la plaza permite ver los principales monumentos del centro histórico, declarado Bien de Interés Cultural (BIC): La **Heredad** de las aguas, el **Real Casino**, el **Ayuntamiento**, los **calvaritos** o la vía más transitada y alegre (la calle Tenderete), donde disfrutar de un aperitivo en sus bares y terrazas. Pero lo más hermoso es volver sobre tus pasos hacia el balcón natural que, desde la trasera de la iglesia, nos regala unas vistas de la Cumbre y nos descubre a ratos el cauce del barranco del Guiniguada, la verdura de las vegas y las montañas que, de fondo, semeja un cuadro paisajista.

El vecino Parque Agropecuario de **El Galeón** es otra buena forma de explorar el pasado agrícola del municipio y disfrutar, si se viaja con niños, de sus paseos y sus alpendres y espacios con animales. Huertos feraces, pozos convertidos en museo y bosqucillos de palmeras que recuerdan el esplendor agrícola perdido y en parte recuperado. Pero si, además, acude a esta Villa durante el fin de semana no debe pasar por alto una visita al mercadillo local con un delicioso argumento: comprar frutas y verduras, variedad de queso o pan del campo, **mieles artesanales** o adquirir, siempre que haya, los bizcochos lustrados de *Melián*, unos dulces azucarados por el que fue famoso este pueblo.

Aunque también resulta un placer poder patear por los caminos reales, poniendo a prueba nuestros cuádriceps, y poder permanecer un rato a la sombra del

imponente **drago centenario** de Barranco Alonso. Fue en tiempos una parada de la ruta de peregrinación a la Villa mariana de Teror, nuestra meca canaria. Si queremos más arte se puede visitar la ermita de La Concepción, declarada Monumento Histórico Artístico desde 1977, que conserva junto a su fachada algunas de las tumbas debidas a la epidemia del cólera morbo que afectó a la Isla en 1851.



Drago centenario de Barranco Alonso (foto: Pedro Socorro).